

La fragilidad humana

María Ballester

Estamos atravesando por un momento muy difícil como sociedad y como seres humanos. La influenza humana, la crisis económica y de pilón se nos mueve la tierra. Me concentraré únicamente en lo relativo a la influenza, porque en ello se nos puede ir la vida.

Existen varias formas de responder subjetivamente ante situaciones de riesgo: la victimización, que es cuando la culpa de todo lo que nos pasa es culpa del otro: "el gobierno no previó", "la respuesta fue muy lenta", etcétera. Otra manera de responder es la del cínico incrédulo que piensa que "todo es parte de una parafernalia del gobierno o de los medios de comunicación", que vendría siendo el negador de la realidad. El culpígeno que cree que la influenza humana "es un castigo de Dios, por todos nuestros pecados", así que "nos merecemos lo que nos está pasando".

Grosso modo vendrían a ser las posturas subjetivas, sin meterme en las complicaciones del tubérculo de la psicología humana.

Adentrándonos un poco más, lo que estamos viviendo hace roce con la muerte, con nuestra propia muerte, lo que conlleva a enfrentarnos a nuestra fragilidad. No existe nada más aterrador que nuestra fragilidad se vea vulnerada. ¿Por qué? Porque nos lleva a un terreno desconocido que escapa a nuestro control.

Cuando perdemos el control podemos entrar en una especie de bruma que nos aleja del famoso ser racional y los actos se vuelven erráticos, o violentos o suicidas o todo junto. Se apodera de nosotros ese

otro yo inconsciente que no puede ser controlado, que surge cuando

menos los esperamos y hasta nos sorprende a nosotros mismos: "¿Cómo pude decir tal cosa o hacer tal cosa?". Habla entonces lo ingobernable, de nuestro ser, que nos lleva a decir: "¿Cómo no pude controlarme o controlarlo?".

Es decir, entramos en una situación fuera de nuestro puesto de control, que ni las grandes tecnologías han logrado alcanzar ese control perfecto y absoluto.

Excluyendo, con todo respeto, a los místicos del cosmos o de las religiones que imperan en el mundo, en las que tienen la honesta capacidad de dejar todo en manos de Dios, experimentar un enfrentamiento muy violento para nuestra fragilidad es un golpe brutal al narcisismo al cual nos agarramos constantemente para poder sobrevivir; si no fuese así, la vida sería imposible, porque el narcisismo opera así para vivir, con la fuerza como la de un tirano, llevado a su máxima carga narcisista, o con el empobrecimiento de los sacrificados, llevándolo a su menor carga narcisista.

Así que ante situaciones difíciles, o nos deprimimos, nos quedamos petrificados y muertos en vida o aceptamos nuestra fragilidad, dejamos el cetro del control a un lado y nos inventamos diariamente un espacio nuevo y creador.

Mi propuesta es que aprendamos a aceptar nuestra fragilidad, que nos despojemos de la soberbia, y aceptemos que no podemos hacer nada más que contribuir positivamente con lo que las autoridades nos piden como sociedad. La balanza de los resultados ya nos dará pie a las reflexiones o incluso a las críticas pertinentes de quienes se dedican a ello.

Sicoanalista

